

acometió la redacción de su crónica llevado por una finalidad moral y no sólo histórica. Al decir de Gálvez, el cronista planteó con su obra el carácter ético del orden colonial y la misión que la providencia asignó a la Compañía ante los problemas que comportaba.

Indudablemente estamos ante una publicación merecedora del aprecio de los historiadores que se adentran en la historia del Perú colonial, una publicación que valoriza la tesis de los que han destacado la reconstrucción histórica del Incario realizada por Anello Oliva (Amalia Castelli, Liliana Regalado de Hurtado y Jan Szeminski), frente a los que sostenían la mediocridad del cronista jesuita (Riva-Agüero y Porras Barrenechea, entre otros).

Elisa LUQUE ALCAIDE

**Néstor Tomás AUZA (recop.), *Iglesia e Inmigración en la Argentina III*, CEMLA, Buenos Aires 1997, 254 pp.**

El profesor y académico argentino Néstor Tomás Auza nos ofrece en esta obra un nuevo fruto de los Seminarios sobre «Iglesia e Inmigración en Argentina» que, con una periodicidad bienal, vienen organizándose, gracias a su esfuerzo, en el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos de Buenos Aires —Seminarios sobre los que ya se ofreció amplia información, junto con la publicación de los dos volúmenes precedentes al ahora reseñado, en un número anterior de «Anuario de Historia de la Iglesia» V (1996) 514-519—.

Estando ya cercana a cumplirse la primera década de existencia de estos Seminarios —se prevé la realización del sexto en mayo de 1999—, puede afirmarse sin duda que han contribuido muy notablemente a profundizar en el estudio del impacto de la inmigración masiva europea de los siglos XIX y XX en la Iglesia argentina, lo que constituye quizá el principal rasgo singularizador de la evolución histórica contemporánea de esta Iglesia en el conjunto de Latinoamérica. Esta contribución no sólo viene dada por la publicación periódica de sus resultados científicos, sino también y de modo más general por haber ofrecido a los historiadores interesados en esta parcela de la historia eclesiástica y social de Argentina un foro privilegiado donde reunirse y contrastar sus investigaciones más recientes. De este intercambio, y del avance que los consiguientes debates han propiciado en investigaciones posteriores, da fe, entre otros elementos, la asidua participación de los ponentes en sucesivos Simposios: en cierto modo, han logrado crear una «escuela», con todo lo que esto tiene de positivo como elemento dinamizador del análisis historiográfico y favorecedor de la continuidad de las líneas de estudio en curso.

La continuidad, por tanto, es la nota que predomina en los estudios recogidos en este volumen, en relación con los que aparecieron en entregas anteriores. Continuidad, que no continuismo: si bien se repiten nombres de autores, no ocurre así con los contenidos que nos presentan. En algunos casos, nos encontramos con la exposición de fases más avanzadas de investigaciones, cuyos primeros resultados ya habían sido expuestos en Seminarios anteriores —y que, del mismo modo, se han visto completadas con posterioridad en otros Seminarios, todavía no publicados—. En otros casos, además, se comprueba con satisfacción la apa-

rición de nuevos nombres que se añaden —esperemos que con un futuro largo y fructífero— a la todavía reducida nómina de los historiadores de la Iglesia argentina.

Fiel a sus planteamientos generales, expresados ya por el Prof. Auza en el primer volumen (*Lineamientos para un programa de investigación en torno a Iglesia, evangelización e inmigración*, 1991, pp. 19-59), los trabajos recopilados se aproximan al tema general de estudio desde intereses temáticos y perspectivas epistemológicas muy diferentes, lo que contribuye a acrecentar el interés de la obra en su conjunto.

Así, el trabajo del propio Néstor Tomás Auza (*Población, inmigración y agentes pastorales en la Provincia de Buenos Aires, 1869-1914*) aborda cuestiones cercanas a la sociodemografía, al plantear la evolución de la relación entre clero y fieles católicos en la mayor y más poblada provincia argentina, siguiendo básicamente los datos proporcionados por los Censos oficiales de población. En cierto modo, puede considerarse una continuación del estudio similar que, en el volumen anterior, dedicó a la provincia de Santa Fe usando fuentes y metodología similares. Auza deduce que no puede hablarse propiamente de carencia de clero —o más propiamente hablando y usando su terminología, de «agentes pastorales», en los que también incluye a religiosos no ordenados y a religiosas—, precisamente gracias al aporte extranjero, paralelo a —y, a veces, integrado en— la corriente general de inmigración. El aporte de clero europeo habría contribuido de este modo a sostener el aparato de una Iglesia que, de otro modo, se hubiera visto incapacitada de obtener dichos agentes pastorales de sus propias fuentes. Plantea, por ello, una modificación de las cuestiones relativas al papel de este clero en la atención de los fieles, así como los modelos de pastoral que pusieron en práctica. Del mismo modo, señala que el reto al que se enfrentó la Iglesia fue más bien el de asegurar el mantenimiento de la fe del inmigrante, y no el de una evangelización en toda regla, ya que a diferencia de otros países americanos *de aluvión* —y, en especial, el caso de Estados Unidos— hay un alto grado de homogeneidad religiosa entre los que llegaron a radicarse en Argentina: Auza señala nada menos que un 89% de católicos entre los inmigrantes que declararon su confesión en los censos.

No resulta así extraño, por lo apuntado en este último dato, que el mayor bloque de trabajos toque cuestiones relativas al traslado de devociones populares de las regiones de origen de los inmigrantes, que son transplantadas desde Europa y arraigan en América a través del propio movimiento de población; lo que el propio Auza denomina «aporte inmigratorio al catolicismo popular». Se trata éste de un tema largamente conocido, en especial en lo que respecta a las grandes devociones nacionales, es decir, a aquellas que nucleaban el sentir y catalizaban las expresiones religiosas —pero también, hasta cierto punto, los sentimientos de reafirmación nacional— de los diversos grupos étnicos europeos que, en Argentina, acabaron estructurándose como *colectividades*. Ya en 1907, por poner un ejemplo, el Arzobispado de Buenos Aires había constatado, en un informe sobre la atención pastoral a los inmigrantes, que los franceses celebraban la fiesta de San Luis, los vascos se juntaban anualmente con ocasión de la festividad de San Ignacio, y que los españoles se acercaban a los templos por Santiago y la Virgen del Pilar. Precisamente, el trabajo de María Cecilia Rossi (*El culto de Santa María del Pilar en Santiago del Estero*) presenta la evolución que tuvo el culto a esta última advocación mariana en la provincia interior argentina de Santiago del Estero, que estuvo ligada en sus orígenes al desarrollo de una pequeña pero organizada colectividad espa-

ñola, y que en los últimos años, finalizada la inmigración, ha pasado a integrarse en el patrimonio devocional del común de los santiagueños.

Más desconocido es, sin embargo, el transvase de las devociones de carácter regional, comarcal o incluso local, que sólo en contados casos han aflorado a la investigación, a pesar de ser, muy posiblemente, las más vivamente sentidas en la religiosidad popular de los inmigrantes. Dos ejemplos, ambos relativos a italianos, se presentan en la obra. Susana Martos de Rodríguez, por una parte, presenta el traslado de una devoción local desde una pequeña isla italiana (Ponza) al pueblo bonaerense de Ingeniero White, cerca de Bahía Blanca, ligados ambos por una cadena migratoria que funcionó intensamente durante varias generaciones (*El patrocinio de San Silverio en el puerto de Ingeniero White: un caso de inmigración devocional*). El empuje de la devoción ponzana a «su» San Silverio —no en vano este Papa y mártir había fallecido en aquella isla—, como en el caso antes citado de la Virgen del Pilar, acabaría a la postre por integrarse y formar parte de la identidad colectiva de toda la población de Ingeniero White, independientemente de sus orígenes. Marco Gallo, por su parte, muestra un caso diferente y notablemente peculiar: la devoción a Santa Rita de Casia, cuyos orígenes en el Río de la Plata no están ligados directamente a la inmigración, puesto que había sido llevada por los españoles ya en el siglo XVIII (*La devoción de los inmigrantes italianos en el Santuario de Santa Rita en el barrio porteño de Villa Santa Rita (1943-1992)*). No obstante, Gallo señala cómo el aporte inmigratorio italiano reactivó esta devoción, dotándola de unos caracteres étnicos de los que hasta entonces había carecido en Buenos Aires. Achaca esta transformación —y su posterior «éxito»— fundamentalmente a la labor del clero italiano, que levantó alrededor de Santa Rita toda una serie de instrumentos devocionales, cuya persistencia en el tiempo da fe de su notable vitalidad, sobrepasando hoy en día el estrecho marco de la colectividad italiana donde inicialmente había arraigado.

Junto con los inmigrantes y su fe, como ya se ha señalado, llegaron también sus pastores. Algunos de ellos, los menos, lo hicieron con el propósito declarado de atender a sus connacionales, cuando los problemas derivados del desconocimiento de la lengua o un choque cultural muy acusado así lo hacía conveniente. El caso de los polacos, a pesar de su relativamente escaso aporte, en términos porcentuales, dentro de la inmigración europea, ha sido uno de los que más ha sido estudiado, quizá por el hecho de haberse concentrado esta inmigración en unos espacios muy concretos y de carácter rural, en la actual provincia de Misiones. Valerico J. Imsant (*La obra de un misionero verbita en la Colonia de Azara*) pone el acento en la importancia de la labor del sacerdote como agente, no sólo de la conservación, cultivo y acrecentamiento de la fe, sino también como interlocutor entre la población inmigrante y las autoridades y sociedad receptora. Presenta para ello el caso del sacerdote del Verbo Divino P. Bayerlein —quien cambiara su apellido alemán por Marianski, como expresión de acercamiento a su feligresía polaca—, organizador de la parroquia de la nueva colonia de Azara desde su fundación en 1904.

Mas la mayor parte del clero no llegaría a Argentina ligado a la pastoral de la inmigración, sino por otras vías. No obstante, si bien ha sido ya estudiado en gran medida el proceso de llegada y extensión por el país de clero regular, por el propio interés que presentan las órdenes religiosas en el conocimiento de su pasado, no ha ocurrido lo propio con los sacerdotes seculares, cuya radicación en Argentina ha sido hasta el presente todavía poco estu-

diada, lagunas que comienzan por su misma cuantificación. De este modo, es preciso saludar las investigaciones pioneras de Edgard G. Stoffel, cuyo campo de estudio, en éste y otros trabajos precedentes, queda bien patente por el título de su ponencia: *El clero secular español y su actuación en Santa Fe (1856-1930)*. Stoffel, una vez establecida la relación de sacerdotes seculares que ha encontrado actuando en territorio santafesino, analiza entre otros los siguientes aspectos: las motivaciones que llevaron a estos sacerdotes a Argentina, siempre de forma desorganizada, a diferencia del clero regular; su origen geográfico en España, destacando el aporte de las Islas Baleares; la evolución cuantitativa del aporte, con su máximo en la primera década del siglo XX; y su actuación en las parroquias de Santa Fe, siempre en equilibrio entre su carácter de extranjeros y su relación con la feligresía, en la que la presencia del elemento inmigrante, especialmente italiano, era sumamente elevada.

Junto con el Pbro. Stoffel, otro conocido investigador santafesino, Williams Nelso Alcaraz, buen conocedor de todo lo tocante a la historia de la región comprendida entre las ciudades de Rosario y Santa Fe, es el autor de dos artículos que recogen fielmente, en toda su virulencia, uno de los problemas que más recurrentemente surgieron en las parroquias de las *colonias gringas* —es decir, de población única o mayoritariamente inmigrante—: la cuestión del idioma con el que el sacerdote había de relacionarse con sus fieles (*Situaciones conflictivas en la Parroquia Nuestra Señora del Carmen de Irigoyen (Provincia de Santa Fe), 1892-1912* y *Conflictos en parroquias santafesinas (1910-1920)*. *Los casos de Cañada Rosquín, San Vicente y Humberto I<sup>o</sup>*). En el fondo, se mezclaban no sólo cuestiones de estricta práctica pastoral, y por lo mismo pertenecientes a la vida interna de la institución eclesial, sino también —y sobre todo— el espinoso debate sobre la nacionalización de los elementos inmigrantes, fuera y dentro de la Iglesia, en el que tenía intereses directos la dirección política del país. A diferencia de lo que ocurrió en Estados Unidos, la Iglesia argentina consiguió resistirse a la implantación del sistema de *parroquias lingüísticas*, sin base territorial, remedo de «iglesias nacionales» organizadas independientemente según el idioma y nacionalidad de origen de los emigrantes, que se temía que pudiera fragmentar la unidad de la jerarquía eclesiástica argentina. La atención pastoral ordinaria de los inmigrantes se realizó, desde el principio, a través de los cauces comunes a la generalidad de los fieles, incluso de los nacionales. Como contrapartida, surgieron con cierta asiduidad —especialmente en los años en que la inmigración era más fuerte y la presencia extranjera, por tanto, más alta— este tipo de reacciones conflictivas, ligadas a la exigencia de sacerdotes de una determinada nacionalidad, que la jerarquía eclesiástica resolvió sistemáticamente con una firmeza en los planteamientos de fondo —mantener la parroquia tradicional de base territorial—, junto con una mayor flexibilidad en cada caso particular —procurando, en la medida de lo posible y no como norma general, asignar a las parroquias de población inmigrante a clero conocedor del idioma de la mayor parte de sus fieles—.

Muy original, dentro del conjunto de los artículos del volumen, se presenta el trabajo de los arquitectos Alberto de Paula y Vicente Rodríguez Villamil, quienes hacen una aproximación hacia el tema general del Seminario desde un aspecto propio de su especialidad académica: *La arquitectura eclesiástica y el poblamiento bonaerense, hacia fines del siglo XIX*. Destaca, entre sus aportes, además de un completo listado sobre las construcciones eclesiásticas existentes en la provincia de Buenos Aires en el período indicado —templos y capillas,

tanto católicas como de otras confesiones cristianas—, unas interesantes noticias sobre el debate suscitado en aquel momento en torno al estilo arquitectónico que debía utilizarse para los nuevos edificios de culto; debate en el que fue determinante el papel rector asumido por el arquitecto francés Pierre Benoit, quien mostró sus preferencias por el neogótico, al que consideraba el único estilo realmente católico en sus orígenes y desarrollo. Tampoco faltan unas reflexiones sobre la marcada monumentalidad de la arquitectura católica finisecular, reflejo visual del papel rector de la sociedad que se pretendía otorgar a la Iglesia.

No falta finalmente, tampoco, la apertura hacia el estudio de otras confesiones cristianas, que también tuvieron que enfrentarse a la misma cuestión de la adecuación de sus estructuras y su pastoral al fenómeno de la inmigración. Esta visión ecuménica, que también esbozan Alberto de Paula y Vicente Rodríguez Villamil en su trabajo ya citado, se halla representada por el artículo de David R. Powell sobre *Una peculiar corriente inmigratoria: la de los «Hermanos Libres»*, un movimiento misionero de raíz anglicana, surgido en las islas Británicas, pero desvinculado de la estructura formal de la Iglesia de Inglaterra. Powell describe las sucesivas expediciones de Hermanos que fueron llegando a Argentina desde 1885, en un número superior al centenar, así como sus actividades en el país para difundir su credo: predicaciones públicas, distribución de Biblias, y el establecimiento de «Conferencias Generales» de los nuevos adeptos de este culto, la primera de las cuales se celebraría en 1910. El artículo, en todo caso, no hace sino esbozar los rasgos generales de la evolución histórica de este grupo, planteando una serie de cuestiones que deja sin resolver, a la espera de nuevos avances en su investigación.

En resumen, la presente obra, recopilada por Néstor Tomás Auza, deja patente que el campo de investigación de la Iglesia en su actuación sobre la inmigración en Argentina, ofrece numerosas posibilidades de avance y estudio. Como señala el propio Auza en sus reflexiones finales (p. 253), «hay cuestiones en las que no disponemos ni de una aproximación, hay regiones en que nada sabemos del tipo de labor pastoral realizada, así como muy poco conocemos del papel jugado por las congregaciones religiosas femeninas, los religiosos de diversas congregaciones, el papel de la prensa católica y de la prensa de la inmigración», entre otras. Algunos de estos temas apuntados, de hecho, ya han comenzado a ser tratados en posteriores ediciones del Seminario, cuyas intervenciones esperamos que salgan muy pronto a la luz. Sólo cabe desear que la siempre dificultosa financiación no sea óbice para que los esfuerzos organizativos que conllevan estos estudios no cuenten con una proyección adecuada en la edición de futuros volúmenes sobre *Iglesia e Inmigración en la Argentina*.

Óscar ÁLVAREZ GILA

**Eamon DUFFY**, *Saints & Sinners. A History of the Popes*, Yale University Press, [New Haven and London] 1997, 326 pp. texto + ilustraciones

El papado es la institución eclesial por antonomasia: no sólo vertebrante de la realidad del Pueblo de Dios que camina ya durante dos mil años a través de la historia; sino ca-